









Director: Gabriel PRADAL
69, Rue du Taur. - Toulouse
Tél. Capitole 25-22

Una entrevista con el héroe de Papini

Por Camilo Huysmans

Los periódicos anuncian que el viejo filósofo italiano Giovanni Papini, convertido al catolicismo, acaba de publicar como presente de jubileo entrada en nuestra Santa madre Iglesia un libro que ha causado sensación en los medios eclesiásticos, pues en él anuncia la gran noticia de que el Diablo ha muerto, y está enterrado. Dios, en su bondad infinita, parece haber tenido piedad del reprobó arcángel del Génesis y hasta haberlo perdonado. El Santo Oficio, naturalmente, se ha apoderado del libro. Delibera sobre él en este momento. ¿Va a aceptar la tesis del filósofo, hoy «bien-pensante»? No me atrevo a creerlo. Los textos de los Evangelios parecen oponerse a ello, pues la interpretación simbólica no está todavía admitida. No el Santo Oficio, sino el escritor de este estudio en la larga lista de los libros prohibidos, donde se encuentra ya un reciente escrito del profesor Müller, de Lovaina. Se pondrá del lado de su Eminencia el cardenal Van Roey, cuya ortodoxia no ha variado nunca, pues él me hizo saber un buen día, por intermedio del periódico de Jourdain, que Satán sigue viviendo y que se pasea entre nosotros. Tenía incluso el aire de insinuar que se encontraba a veces en mi compañía. Los periódicos romanos anuncian la interdicción. Ya monseñor Magli, el arzobispo de Roma, que dirige el obispado en nombre del Papa y es miembro del Santo Oficio, ha dado orden a todos los libreros de la Ciudad Eterna de retirar el peligroso libro de la circulación y les ha prohibido ponerlo en venta. Sin embargo, la tesis de Papini no es nueva. Y él lo reconoce además. Nuestro filósofo invoca la autoridad de Santa Catalina de Génova, quien expone en su libro que Satán será transferido un día del infierno al Purgatorio. Por su parte San Francisco de Sales tiene declarado que el mal no será salvado un día, y en cambio, a Santo Domingo, éste planteaba una cuestión, insidiosa: «¿Por qué orar por la salvación de los condenados si es imposible salvarlos?» Yo podría además rememorar la tesis de Papini con toda la literatura de los teólogos españoles del siglo XVI, principalmente, explotaron a fondo. Satán inició una acción de rehabilitación y comparece ante el tribunal donde está la madre de Jesús. Satán se dirige a ella particularmente, y le dice: «¿Vos habéis tenido piedad de todos los pecadores. ¿Por qué no de mí?». «¿Vos habéis perdonado tantos pecados...? ¿Por qué no el mío?». «¿Vos no habéis cometido el pecado, no habéis habido salvador, y no hubiera habido una madre de Cristo.». «¿Por qué Dios no me ha creado de manera tal que me hubiese sido imposible cometer el pecado?». «¿Por qué razón he sido creado, cuando Dios sabía por adelantado que yo pecaría?». «En fin, ¿por qué Cristo murió en la Cruz por todo el mundo, a excepción de por mí?». Según el teólogo que hizo el acta de este proceso, eso se le sigue el 6 de abril de 1311, y ese género de ejercicios era corriente en los seminarios que debían preparar a los futuros sacerdotes. Pero este razonamiento tan agudo ha ejercido una real influencia, no obstante el hecho de que el diablo era condenado así y todo por haber planteado un proceso verbal. Ha hecho una impresión en el común de los mortales, sobre todo en los tiempos del Renacimiento, y provocó la aparición de un tipo nuevo: el diablo víctima y el diablo bueno, el diablo cómico y el diablo vencido, es decir, el diablo simpático.

Publicaciones

Se ha publicado el número 11-12 de esta gran revista oranesa (1). que dirige Jean-Michel Guillard. Su sumario es harto variado. Colaboraciones de nuestros grandes amigos Emmanuel Roblès y Jean Cassou; un interesante trabajo de Edouard de Souchère sobre García Lorca; un ensayo y unos poemas de Arturo Serrano-Fajó; un romance de Jean Verdevoye; un estudio de Jean Rousselet sobre el «Universalismo» y traducción de Rafael Alberti; una primorosa versión de «Els besos anglès», de Alberti; por Louis Emile; un estudio de Roger Bonnier sobre diversos pintores y escultores; «El día»; unas narraciones de José Luis de Villalonga y de Antonio Martínez Padín; unos trabajos de Alice Anweiler y Christiane Buruosa, y, en fin, la exhumación de algunos poemas de Antonio Machado, García Lorca y Miguel Hernández, traducidos por Roger-Noël Mayer. Este número de «Simoun» lleva por subtítulo «La España de hoy» y representa una clara aportación al conocimiento francés de las letras hispánicas.

(1) «Simoun», Avenue de Sidi-Chami, terminus des T.O., Orán.

A pesar de los cábores España, en agonía

No se advierte que, a pesar de los víaticos norteamericanos, la situación económica de España mejora mucho. Más bien parece empeorar. A los quince años de la victoria salvadora, la producción agrícola e industrial sigue en descenso, el nivel de vida de la clase popular es el más bajo de Europa y uno de los más bajos del mundo, y la desigualdad entre ricos y pobres cada vez más acentuada, característica inflexible de todos los países que cuentan con una economía primitiva y desarticulada y en los que, por eso mismo, la injusticia social es más patente y escandalosa. Los hacendistas oficiales lo han venido fiando todo a la divina providencia, cosa natural en un régimen que es providencial por sí mismo y regido por un Caudillo que lo es por divina inspiración. Toda su ciencia depende del sistema meteorológico. Su diagnóstico consiste en mirar al cielo y extender la mano. Si llueve, habrá buena cosecha —hasta donde puede haberlas en un país de tierras esquilimadas— y no faltará un menudro para que los miserables le den largas al hambre. Si no llueve, se sacan los santos en rogativa, saludable costumbre que a veces hace milagros como el de que las cosechas que parecían a punto de perderse por la sequía se pierdan definitivamente por la inundación, con lo cual se demuestra que «tan malos son los truenos como el exceso de fe». Pero cuando fallan el san Roque o la santa Margarita de turno, a los hacendistas siempre les queda un recurso de resultados positivos: echar la culpa a los rojos, que a los tres tristes de vencidos, y desde el destierro, todavía le siguen haciendo al régimen mal de ojo. Decididamente, la España providencial, no obstante las bendiciones papales, está dejada de la mano de Dios. Acaso por ello se acudió a los remedios heroicos solicitando dineros de los barones norteamericanos, no importa a costa de qué, salvo en lo de ceder en la honrilla católica, que es intocable. Franco ha podido dar en garantía del préstamo la soberanía nacional, el interés de la patria, la vida de los españoles, pero ni el canto de una uña en menoscabo de la integridad religiosa de España. Sin embargo, ni aun así —volvemos al punto de partida— parece que los males físicos de España tengan remedio. Y es, en verdad, difícil que lo tengan, ni con pactos ni sin pactos, ni con dólares ni sin dólares. Probablemente la experiencia del usurero norteamericano resultará beneficiosa, desde el punto de vista económico, no franquista —en un doble sentido: uno el de liquidar la falacia de que las desdichas actuales de España provienen de la hostilidad extranjera; otro, consecuencia del anterior, el de abrir los ojos a los que aun creen —si es que queda alguno— que el régimen de Franco es defendible y perdurable. Dejando aparte razones de índole estrictamente ideológica —las más valederas históricamente, digan lo que quieran los pragmatistas de nuevo cuño—, no se concibe que pueda desinvolverse normalmente un régimen político que dedica la mayor parte de su presupuesto de ingresos a gastos de ejército y policía, que mantiene una burocracia frondosa y rapaz y, además, ha de alimentar un clero suntuoso y parásito que absorbe el tuétano del cuerpo nacional. En la España presente son muchos menos los que trabajan que los que están en holganza, ya sean vagos del sable o del hisopo. Carga semejante no podría soportarla el país más rico y floreciente. Mucho menos un país pobre, y por añadidura, arruinado por la guerra civil, como es España. El único milagro que realmente podemos ofrecer al mundo es el de un pueblo que, padeciendo hambre crónica, aun saca fuerzas de flaquezas para desgranarse heroicamente en luchas intestinas que demuestran su vitalidad inaudita. ¡Pero a qué precio! El que hemos pagado —estamos pagando, mejor dicho, unos y otros—, por la estúpida y salvaje contienda de 1936, es excesivo. Pero eso no lo comprenden el Caudillo ni sus seguidores, campeones de la guerra civil a ultranza y sin cuartel, aunque sea a costa de la nación. Y surge la eterna pregunta: ¿Quiénes somos los verdaderos españoles, ellos o nosotros? ¿O los somos ambos, y entonces el problema de España es un problema de entendimiento, de tolerancia mutua? En definitiva, el gran dilema español: África o Europa. Oriente u Occidente. Y nosotros estamos con Europa. (Adelantos. Méjico, diciembre 1953.)

Los héroes de ayer Miguel SERVET, símbolo y ejemplo

Por Manuel Albar... peligrosos por igual para católicos y para protestantes. Las teorías del joven, por irreverente y ya maduro pensador aragonés alarmaban a los teólogos de una parte y de otra. Y es que Servet no se detenía en el ritual, como hacían los reformadores, sino que iba, libre de temores, a enfrentarse con el fundamento del dogma mismo. El misterio de la Trinidad le atraía singularmente y, desde luego, para combatir. Según cuenta Menéndez y Pelayo, Juan Hauschein, jefe de la Iglesia de Basilea, notificó a Zuinglio, a fines de ese año 1530, habersele presentado un español, llamado Servet, el cual negaba que Cristo fuera real y verdadero hijo eterno de Dios. «Ten cuidado», respondió Zuinglio, «porque la falsa y pernicioso doctrina de ese español es capaz de minar los fundamentos de nuestra cristiana religión... Procura traerle con buenos argumentos a la verdad.» «Ya lo he hecho», replicaba Huaschein, «pero es tan altanero, orgulloso y disputador que nada se puede conseguir de él.» Zuinglio sentenció: «No se ha de sufrir tal peste en la Iglesia de Dios. Indigno es de respirar quien así blasfema.» Y don Marcelino Menéndez Pelayo, como se trata de protestantes, apostilló: «¡Que tolerancia más evangélica la de estos amotinados contra Roma! Tenía razón. Pero a mí, si ello fuera posible, me gustaría saber lo que don Marcelino, que en medio de su fervor fraulino procuró siempre mantener un honrado espíritu de justicia, opinaría hoy del Concordato firmado hace unos meses entre el dictador Franco y la Santa Sede. Y estamos no en 1530, sino en 1953. Con ser tan grande en todo la grandeza mayor de Servet proviene de su irrespetuosidad, es decir, de su magnífica decisión para someter a examen racional lo humano y lo divino, todo uno y lo mismo. El hombre —para él— es el centro de la vida. Servet le quita las ataduras a Prometeo y hace particularmente suya la afirmación de que se es tan libre para creer como para no creer. En todo caso, para ser sincero, habría de decir que Servet, con las creencias propias con el derecho equivalente de discutir las creencias ajenas. De ese principio nace la tolerancia, fuente de la vida civil y civilizada. Una prueba patente de esa falta de temor que guió toda su vida nos la ofrece la circunstancia de que cuando, no obstante las advertencias que se le habían hecho, unas amenazadoras, otras amistosas, lo mismo por católicos que por protestantes, entregó al impresor Juan Secerius, de Alsacia, su libro De Trinitatis Erroribus, no tuvo reparo alguno en estampar su nombre y apellidos y el lugar de su procedencia: Aragonia Hispanum. Mas prudente y avisado, el impresor ocultó el suyo y todo dato o señal que pudiera identificarle. Hacía bien. La furiosa reacción que provocó la obra unió a católicos y protestantes en contra del autor. Un predicador de estos últimos, Buccero, afirmó desde un pulpito de Estrasburgo que Servet merecía que le arrancasen las entrañas. Miguel, que entonces contaba poco más de veinte años, atendió sanos consejos y se fue a Francia, donde no tenía notoriedad ninguna. Al llegar a París ya

Franco, el Papa y la prensa belga Superconstitucionalmente

Los redactores políticos de nuestro diario acaban de recibir una reprimenda que, por una vez, han merecido sobradamente. Esa reprimenda es la «Meuse» quien se la lanza a la cara en un artículo muy apañadito titulado «Pas de Clero». Recordaréis seguramente que nuestra redacción política ha tenido recientemente la presuntuosa audacia de comentar con acritud el hecho de que Su Santidad el Papa haya otorgado sus insignias de la suprema Orden de Cristo al generalísimo Franco. Esos comentarios son, en opinión de la «Meuse» (que también es la mía), «extremadamente ofensivos para el Soberano Pontífice y para el Caudillo». «Lo menos que se puede decir —prosigue la «Meuse»— es que esos órganos de izquierda no han vacilado en dañar las buenas relaciones diplomáticas y otras que Bélgica mantiene con estos dos potentados (el Vaticano y la España franquista). ¡Caramba, he ahí la verdad con todo su horror. Hemos ofendido villanamente al Caudillo, quien, sin embargo, es el mejor defensor de Europa, puesto que ha entrado el comunismo en su país y ha salvado la fe cristiana en España, según parece. Y la «Meuse» nos recuerda muy oportunamente que no es en Franco donde existe la menor amenaza «para los principios constitucionales que nos son tan queridos». ¡Seguro! Eso es la evidencia misma, pero se olvida con demasiada frecuencia. Así, pienso yo realizar obra piadosa subrayando hasta qué punto el régimen franquista da ejemplo de respeto escrupuloso a los principios que forman la base misma de la Constitución belga: En España, la libertad de pensamiento es completa, lo mismo que la libertad de prensa, la libertad de cultos, la libertad de asociación, etc. Nadie puede ser perseguido, encarcelado o ejecutado por sus opiniones políticas, todo el mundo puede enviar a sus hijos a la escuela laica; cada cual puede afiliarse al Sindicato de su opción, al partido de su preferencia; todos pueden expresar libremente todas sus opiniones, escribirlas, difundirlas; no hay en España ninguna censura de ninguna clase. ¡Qué mejor quejarse como libertades constitucionales? Yo os lo digo: España tiene un régimen superconstitucional. Agradezco a la «Meuse» haber puesto tan juiciosamente las cosas en su punto, y espero que nuestros redactores políticos aprovecharán la lección. (Le Peuple, Bruselas.) J. D'O.

Demagogia La actitud de siempre

Por A. Guerra Rivera

Paris-Match», la importante revista ilustrada francesa, en su número 239, correspondiente al 2 de enero, publicó en forma bien visible el suelto siguiente: «Defensiva de la Iglesia católica española. Durante quince días, 23 sacerdotes han predicado en los países: 1) El derecho a una más justa distribución de la riqueza; 2) derecho a un salario mínimo familiar; 3) Participación de los obreros en los beneficios del capital; 4) el derecho a la huelga «pacífica» para imponer —a falta de otros medios— las justas reivindicaciones obreras. Instigador de la cruzada: Mon. Herrera, obispo de Málaga.» Nos figuramos, sin duda, que se refiere a las «conclusiones» de la escandalosa Misión católica que, como una horda clerical, invadió recientemente la industria vaticana. Sabemos que dicha Misión ha sido comentada en estas mismas columnas por personas bien autorizadas. Pero en torno a este viejo y angustioso problema del clericalismo español, los comentarios —aunque sean malos — nunca sobran. Y son indispensables para combatir el confusionalismo de la demagogia. Desde siempre el catolicismo de todos los tiempos y de todos los pueblos ha predicado en torno a los pobres, los desvalidos, los menesterosos, los desheredados... Con la dulce palabra de Cristo se han lamentado siempre de esa situación endémica de la humanidad y han exigido —por amor de Dios— la resignación y la mansuebración de los desgraciados, ofreciéndoles la gloria eterna en ultratumba. Y los pobres han muerto por miles de millones, consumidos por el hambre y por la resignación. No sabemos si habrán subido al cielo. Pero aquí, en la tierra, sucumbieron agobiados por la miseria, por la fe y por la esperanza de promesas celestiales. El catolicismo ha hecho aún más, mucho más, en favor de los humildes. Desde siempre también —con la cruda palabra de Cristo— ha exorado violentamente a los poderosos, a los soberbios, a los enriquecidos, a los desalmados, causantes de la explotación humana. Les exigen un menudro para los hambrientos, y los

LA NUEVA PRESIDENCIA DE LA FGTB

Bruselas (SIS). — Para reemplazar en la presidencia y vicepresidencia de la Federación General del Trabajo de Bélgica a los conserjados Nicolás Delbecq y Dore Smets, cuyo mandato reglamentario ha terminado, la Ejecutiva de la FGTB ha designado presidente de la misma al camarada Raymond Latu, secretario de la Federación de Metalúrgicos, y como vicepresidente al camarada Charles Everling, presidente del Sindicato de Empleados Técnicos y Cuadros. no se llamaba Miguel Servet. En lo sucesivo, y durante muchos años, sería el estudiante, médico y astrólogo Michel de Villeneuve, es decir, de Villeneuve de Nixena, la villa osense patria de su padre. En el ambiente universitario de París, agitado por las controversias religiosas y políticas, es donde Servet tropieza con Calvino, en el año 1531. Personaje siniestro, por quien siempre he sentido repulsión, acaso aumentada por la devoción que me inspira Servet, no resisto a la tentación de copiar el retrato maestro que de él hace don Marcelino Menéndez y Pelayo: «Era Juan Calvino, de Noyon, antifisio perfecto de Servet; corazón duro, envidioso y mezquino; entendimiento estrecho, pero claro y preciso; organizador riguroso, inflexible y sin entrañas; nacido para la tiranía al modo espartano; escritor correcto, pero seco, sin elocuencia y sin jugo; alma de hielo, esclava de una mala y tortuosa dialéctica; sin un sentimiento generoso; sin una chispa de entusiasmo artístico; alma cerrada a todas las fruiciones de lo bello. El, con su Reforma, esparció sobre Ginebra una lóbrega tristeza que ni los vientos de Italia, ni la voz de Casaleto, ni la del gran Francisco de Sales lograron ahuyentar de las hermosas orillas del Lago Lemán hasta nuestros días». Y don Marcelino agrega seguidamente: «Como habla de entenderse tal hombre con Miguel Servet, espíritu franco y abierto, especie de caballero andante de la Teología», se sabe de una discusión, propuesta por Calvino, que debió celebrarse en una casa de la calle de San Antonio y a la que Servet, a pesar de haberla aceptado, no acudió. De ello sacó Calvino pretexto para motejar a Servet y ufanarse de haber corrido el «peligro de la vida», propio don Marcelino pone en claro, el único que corría peligro, de haberlo para alguno, era para Servet. Se ignora por qué motivos faltó Miguel a la cita. Pero lo que está bien demostrado es que, si de algo pecaba el gran aragonés, no era precisamente de cobardía ni de hipocritía. Este período de la existencia de Servet, que abarca la mitad de su vida heroica y malograda, abunda en empeños y vicisitudes. A la vez que disputaba con unos y con otros sobre temas teológicos, estudia matemáticas y geografía, anatomía y medicina. Pero Servet era pobre y, al igual que otros sabios de su tiempo —Erasmo

(Termina en la tercera pág.)

Un gran amigo nuestro André Daste ha muerto

El 23 de enero, a las 8 y media de la mañana tuvo lugar la conducción del cadáver del compañero André Daste desde su domicilio en Toulouse hasta un cementerio del departamento, donde su familia posee un modesto mausoleo. Gran número de amigos, correligionarios y simpatizantes de la SFIO rindieron un último tributo de afecto al finado, que gozaba de grandes simpatías en la ciudad. Miembro activo de la Sección de Toulouse de la SFIO, ocupó cargos en ella. Resistente de gran valía, dirigió un importante grupo en el Alto Garona; técnico competente, dirigió la empresa del Estado ONIA, abandonando este último cargo para ocuparse, como secretario de Ayuntamiento de Toulouse, de un difícil y delicado problema de la vivienda, problema número uno de esta ciudad. A esta última actividad se entregó totalmente, realizando un gran labor reconocido por amigos y adversarios y estableciendo importante proyectos, algunos de los cuales pudo ver realizados y otros trazar una directriz eficaz para el porvenir. Daste vivía en un modestísimo apartamento, dando siempre ejemplo y sirviendo constantemente a las familias más necesitadas por tal problema. Con tan querido como apreciado compañero se ha perdido un hombre ejemplar, un hombre fundamentalmente bueno. Pronunciaron breves acusaciones necrológicas el compañero André Méric, miembro del Consejo General del Alto Garona y Raymond Badiou, alcalde de Toulouse, quienes evocaron la vida y la actividad constante del finado. Una nutrida representación de nuestros organismos locales y departamentales y de las C.C.EE. del Partido, Unión y Juventudes Socialistas asistió a tan emotivo acto, expresando el sentimiento de nuestras organizaciones a los familiares de André Daste y a nuestra organización hermana.